

LUIS CAMARERO, ROSARIO SAMPEDRO, JESÚS OLIVA\*

## TRAYECTORIAS OCUPACIONALES Y RESIDENCIALES DE LOS INMIGRANTES EXTRANJEROS EN LAS ÁREAS RURALES ESPAÑOLAS<sup>1</sup>

Sin duda, la llegada de población extranjera a España en las décadas recientes ha sido uno de los fenómenos de mayor relevancia e impacto en su estructura social. La población con nacionalidad no española constituye alrededor de la octava parte del total<sup>2</sup> y las áreas rurales no han quedado fuera de esta corriente pues, más de 800.000 de sus habitantes, son extranjeros<sup>3</sup>. Estos flujos migratorios globales (migraciones laborales a las áreas de la agricultura intensiva o de retiro a las zonas de litoral, etc.) han convertido ciertas comarcas rurales en verdaderos paisajes multinacionales imposibles de imaginar hace apenas unas décadas. Todos estos procesos abren nuevas oportunidades pero también muestran evidentes incertidumbres para el futuro del mundo rural.

Por ejemplo, como resultado de los programas que luchan contra la despoblación, algunas zonas secularmente avocadas al despoblamiento, acogen hoy nuevos residentes extranjeros con un fuerte impacto demográfico local a pesar de su volumen relativamente discreto. En este senti-

---

Recibido 17-VII-2012

Versión final 30-X-2012

\* Luis Alfonso Camarero Rioja, Dpto. de Teoría, Metodología y Cambio Social, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología UNED. C/ Obispo Trejo 2, 28040 Madrid. Correo electrónico: camarero@poli.uned.es. Rosario Sampedro Gallego, Dpto. de Sociología y Trabajo Social, Facultad de Ciencias Sociales, Jurídicas y de la Comunicación, Universidad de Valladolid, Campus de Segovia, C/ Trinidad 3, 40001 Segovia. Correo electrónico: sampedro@soc.uva.es. Jesús Oliva Serrano, Dpto. de Sociología, Universidad Pública de Navarra, Campus Arrosadía, Edificio Departamental de los Magnolios, 31006 Pamplona. Correo electrónico: jos@unavarra.es

<sup>1</sup> Este trabajo refiere alguno de los resultados del proyecto de I+D+i: CSO2008-01286, *Movilidad Espacial, Mercados de Trabajo y Sostenibilidad en Áreas Rurales*. Ha sido presentado y debatido en el marco de la Acción Complementaria *Red de Estudios Socioterritoriales* CSO2011-15703-E.

<sup>2</sup> El 12,1% de los residentes en España no tienen nacionalidad española. (Padrón Municipal, INE. 2009)

<sup>3</sup> Según el padrón de 2009 un total de 825.014 habitantes. Cifra que supone el 8,5% de la población residente en municipios menores de 10.000 habitantes.

*Sociología del Trabajo*, nueva época, núm. 77, invierno de 2013, pp. 69-91.

do, los movimientos migratorios laborales han sido percibidos a menudo por muchos responsables políticos de pequeños municipios como la última oportunidad para evitar su desaparición. Si embargo, dentro de este panorama general, la principal cuestión que se plantea es en qué medida esta inmigración rural va a ser capaz de corregir los profundos desequilibrios demográficos que afectan a muchas comarcas.

Por otro lado, aunque disponemos de una rica y profusa investigación sobre la participación de los inmigrantes extranjeros en la agricultura industrializada del levante español (Pedreño, 1999; Castellanos y Pedreño, 2001, Pedone, 2005) y que, desde la perspectiva del trabajo social, se han realizado numerosos estudios en relación con los riesgos de exclusión y marginalidad de los inmigrantes extranjeros en determinados contextos (Malgesini, 2006), quedan muchos interrogantes abiertos sobre este fenómeno. Por ejemplo, con el hecho de que los lugares de trabajo agrario y de residencia no sean coincidentes o respecto a cómo la propia movilidad determina los modelos familiares y el arraigo final de estos grupos. Son también cada vez más cuantiosos los trabajos que ilustran el impacto que los nuevos residentes extranjeros tienen en las comunidades locales (Esparcia, 2002; Prieto y Papadodima, 2010; Solé, 2010). Pero es necesario avanzar en análisis más globales que aporten información exhaustiva sobre sus estrategias (residenciales, laborales, familiares) en relación con la ruralidad general.

Este trabajo aborda todas estas cuestiones en el marco de la creciente movilidad que define la reestructuración de las áreas rurales y haciendo uso de la noción de trayectoria. Desde este enfoque, los movimientos migratorios reflejan los cambios en las actividades, las circunstancias familiares y residenciales en un contexto de importante diversificación de las actividades económicas y de la composición social de estas zonas, como han señalado los estudios de la reestructuración rural en Europa (Marsden, Lowe y Whatmore, 1990; Woods, 2005).

Utilizamos para nuestro análisis la información proporcionada por la Encuesta Nacional de Inmigración de 2007 (ENI, 2007), realizada a todos los residentes extranjeros<sup>4</sup> mayores de 15 años y que ofrece, por vez primera, información representativa a nivel nacional sobre sus trayectorias residenciales y ocupacionales. Se trata, por tanto, de la mejor fuente actualmente existente para analizar el impacto de la inmigración en la sociedad española. Al considerar aquí específicamente los extranjeros residentes en las áreas rurales<sup>5</sup> españolas podemos profundizar de una manera especial en el conocimiento y explicación de las estrategias que orientan sus proyectos migratorios.

---

<sup>4</sup> La ENI, define su universo como el conjunto de personas que no han nacido en España. En los datos utilizados en esta investigación, se ha añadido, el criterio de que tengan nacionalidad distinta a la española.

<sup>5</sup> Como es habitual, cuando se trabaja con datos procedentes de encuestas, las áreas rurales se han definido como el conjunto de municipios menores de 10.000 habitantes. Respecto al análisis de datos, en las tablas y cálculos se han considerado únicamente aquellos casos que llevarán al menos tres años residiendo en España, pues sólo después de un periodo de tiempo de asentamiento es posible hablar de trayectoria.

Analizamos, en primer lugar, los sentidos que adquiere la movilidad, en cuanto hecho social, dentro de los estudios rurales para considerar después el impacto de las migraciones internacionales en estas áreas. En las secciones siguientes, exploramos el efecto de la inmigración extranjera sobre las estructuras demográficas locales así como las trayectorias laborales y los mercados de trabajo donde se integran. En la penúltima sección se analizan los modelos migratorios familiares y las estrategias residenciales de estos grupos. Las conclusiones finales presentan y discuten los principales hallazgos de nuestra reflexión.

### *1. Migraciones internacionales, movilidades y estudios rurales*

Como indicábamos, cabe interpretar los procesos migratorios internacionales a las áreas metropolitanas dentro del marco de las nuevas movilidades (de personas, capitales, mercancías, signos e información) que caracterizan a la sociedad contemporánea. Unas movilidades que, como han teorizado Castells (1996) en relación con el nuevo «espacio de los flujos», Urry (2006) respecto a la circulación global que define el comienzo del siglo XXI y Cresswell (2001) en cuanto formas de poder, establecen nuevos desafíos para los estudios rurales y del trabajo.

Por ejemplo, la creciente diversificación social de estas áreas erosiona de forma particular algunos de los presupuestos tradicionalmente asociados a su definición sociológica (como la homogeneidad social, la familiaridad, proximidad, etc.). Si la vinculación común al lugar y su experiencia compartida de los ciclos vitales igualaban a sus vecinos de una forma imposible en la gran ciudad, los nuevos residentes extranjeros introducen un cambio sustancial en todas estas relaciones. Como señalaba Buller ya en la última década del siglo pasado, «los extranjeros están llamados a jugar un rol cada vez más importante, directo o indirecto, en la evolución del espacio y del mundo rural» (1994: 10). Otros autores, como Milbourne, han subrayado la múltiple dimensión (económica, social, cultural y política) de su impacto, que conforma «nuevas formas de espacios rurales caracterizados por múltiples identidades nacionales y culturas híbridas» (2007: 384). Pero además, la inmigración laboral internacional a las áreas rurales nos enfrenta a procesos que, como Marsden (2009) ilustra en el sistema agroalimentario mundial, conectan grupos sociales (trabajadores, consumidores, etc.), procesos productivos y distintos lugares, mediante relaciones jerárquicas y desiguales a nivel planetario. Por otro lado, este tipo de inmigración también cuestiona algunos planteamientos sobre la nueva ruralidad postproductiva y respecto a los perfiles sociológicos habitualmente asociados con la contraurbanización. Es decir, vuelven a situar el mundo del trabajo, las cuestiones económicas y las de clase social, en un lugar principal del debate (Halfacree, 2009).

Si hace unas décadas la pregunta más extendida a la que se trataba de dar una respuesta era acerca del futuro de unas políticas territorializadas, en un nuevo mundo globalizado donde el capital, el trabajo y su regulación

ya no se confinaban a los contextos locales o nacionales, hoy día, inmersos ya en territorios transnacionalizados, necesitamos profundizar también sobre las *lógicas sociales* y las *estrategias* que consolidan y recomponen estas interconexiones. Como explica Cresswell (2009), las movilidades no suponen simplemente movimientos, sino movimientos con sentido, hechos sociales que reflejan relaciones y estrategias de poder, que suponen diferentes recursos e intenciones. Y sugiere seis cuestiones para acercarse a las jerarquías sociales que reflejan y reproducen estas movilidades: las *razones* por las que las personas se mueven –elección o necesidad–; la *velocidad* a la que lo hacen –más rápido o más lento–; los *ritmos* desplegados en esa movilidad –la rutina o la flexibilidad–; las *rutras* que se definen –fijadas exteriormente, o construidas, merodeadas; los *sentimientos* o experiencias subjetivas asociadas a la movilidad –agradable, angustioso– y la *fricción* asociada a la movilidad –cuándo y cómo termina la movilidad– como se llega al destino o se vuelve al origen. Por otro lado, diferentes autores han subrayado la necesidad de atender también a las inmovilidades (*fixities*) sobre las que se configuran los propios flujos: quién se mueve o puede moverse; quién no se puede mover (Adey, 2006; Hannam et al. 2006, Bell and Osti, 2010).

En esta reflexión sobre la producción social de las movilidades, es fundamental también identificar los trayectos: la movilidad existe porque hay un quién, un cómo y un porqué. Definir y explorar los itinerarios, las estrategias, indagar en los motivos se convierte en un objetivo de investigación esencial. Los trayectos nos llevan inexorablemente a preguntarnos por los orígenes y los destinos así como a interrogarnos sobre las espacialidades (las relaciones asociadas a las diferentes vivencias y apropiaciones del espacio). La gente se mueve entre diferentes lugares, pero una vez que se han movido no dejan de tener una relación real con el sitio que han dejado detrás. Más bien son actores *translocales* que conectan distintos lugares a través de sus estrategias de movilidad. No dejan de estar ligados a los sitios a los que se mueven, pero añaden al propio destino su lugar de partida.

El carácter *translocal* que estos nuevos residentes extranjeros otorgan al medio rural (Waldinger, 2010, Carmo y Hedberg, 2011), conectando las realidades locales con las de origen, reformula las formas de vinculación y arraigo o desarraigo respecto al territorio. Lejos de funcionar como meros objetos pasivos, los lugares ejercen un papel decisivo en su configuración final. Por ejemplo, el impacto de los distintos movimientos migratorios es divergente según las zonas. No tiene un efecto lineal, sino más bien selectivo y ambiguo según las ofertas de empleo local, su localización respecto a los mercados de trabajo exteriores, el arraigo previo de conocidos o compatriotas, etc. Por otro lado, muchas de estas migraciones albergan en sí mismas otras movilidades potenciales –como las migraciones de retorno o las reagrupaciones familiares– que requieren llevar más allá los enfoques tradicionales para estudiarlas como «*enfolded mobilities*» (Williams, 2009). Así, dentro de las nuevas lógicas de una ruralidad *translocal* (Carmo y Hedberg, 2011), ciertos trabajadores internacionales llegan a las comarcas del litoral mediterráneo español para emplearse en los servicios

que atienden las demandas generadas por la migración de retiro y el turismo residencial del norte de Europa.

El fenómeno de las migraciones internacionales a las áreas rurales, que había consolidado ya una línea de investigación en Estados Unidos o Canadá, ha sido más reciente en Europa (Jentsch, 2009). Por ejemplo, en Norteamérica, algunos estudiosos han asociado la emigración laboral agraria internacional con nuevas formas de pobreza rural (Martin et al. 2006) pues no garantizaría una movilidad social ascendente a las sucesivas generaciones de los recolectores. También han sido analizados allí los desafíos planteados para unas áreas con poca experiencia en la integración de nuevos residentes internacionales (Gimpel y Celeste, 2008). En Europa, el impacto de estas migraciones laborales cabe interpretarse dentro del contexto más amplio de la continuidad de la emigración rural juvenil, los procesos de desagrarización y la contraurbanización, generalizados durante las últimas décadas. En este sentido, han sido teorizados modelos que tratan de sintetizar las características comunes de los flujos migratorios internacionales hacia el sur de Europa (King, 2000, Katseli, 2004): unas economías con un desarrollo industrial tardío, donde los trabajadores recién llegados se integran en actividades con un peso relevante –la agricultura, el turismo y la construcción–, con una elevada pauta de trabajo informal y donde este flujo coexiste con unas fuertes tasas de desempleo autóctono.

Cabe señalar, sin embargo, cómo algunos elementos más recientes convierten este fenómeno en algo más novedoso. Por ejemplo, el peso adquirido por las migraciones femeninas o la propia diversificación de las actividades que emplean a los trabajadores internacionales –servicios, manufacturas, etc.–. Pero también la relevancia adquirida por los destinos rurales (Fonseca, 2006; Kasimis, 2008; Camarero et al., 2009; Kasimis et al. 2010; Labriandis y Sykas, 2009; Oliva, 2010). Para algunos autores este flujo de mano de obra flexible ha sido fundamental en el sur de Europa para sostener el carácter multifuncional de las áreas rurales y desregular sus mercados de trabajo –especialmente en la agricultura intensiva–, dando lugar a una «nueva clase rural» (Kasimis, 2008; Kasimis et al., 2010).

## *2. Movilidad y diversificación rural*

Un paso necesario para comprender los nuevos flujos migratorios es analizarlos en los contextos económicos regionales donde son espacialmente constituidos (Williams, 2009). El caso español constituye un ejemplo paradigmático para analizar estos modelos migratorios (Arango, 2000) y los complejos procesos de definición social presentes en la categorización de unos u otros extranjeros. Entre 1998 y 2009 la población extranjera residente en España pasó de apenas 640.000 (1,6% de la población) a sobrepasar ampliamente los cinco millones (12,1%). Aproximadamente en una década, y de manera vertiginosa, nuestro país tradicionalmente emigrante se convirtió en un país receptor de inmigración, como Francia o Alemania

(Iglesias de Ussel, 2010). Y aunque el asentamiento de los nuevos residentes ha sido eminentemente urbano, el peso de esta población en las áreas rurales también ha crecido de forma significativa pasando de un 2,8% (como recoge el Censo de Población en 2001) al 8,5% (según datos del Padrón en 2009). Es decir, en menos de una década, se ha triplicado el peso de los extranjeros en la población rural.

Esta creciente presencia de residentes extranjeros en las áreas rurales responde a diferentes procesos y estrategias migratorias, a movibilidades con muy distinto impacto social y territorial. Si bien el flujo de inmigrantes hacia algunas de estas zonas ha ido aumentando desde los años 90 en el sur de Europa, su repercusión sobre la España rural adquiere una intensidad especial. Podríamos distinguir tres tipos de migraciones: las *migraciones de retiro* protagonizadas por ciudadanos del centro y el norte de Europa, que encuentran en el litoral mediterráneo y las islas entornos más agradables para su condición de inactivos. Se trata de una corriente migratoria desarrollada desde mediados de los 80 (King et al., 2000; Rodríguez, et al., 2004; O'Reilly, 2000), cuyos destinos se concentran en ciertas comarcas y que adquiere una progresiva importancia a medida que se jubilan las cohortes del «baby boom» europeo. Estas migraciones, protagonizadas fundamentalmente por jubilados han formado en ocasiones verdaderas «colonias» en determinadas zonas turísticas del litoral mediterráneo y los archipiélagos de Baleares y Canarias. Los estudiosos de este fenómeno constatan sus nuevas orientaciones residenciales más ruralizadas e individualizadas (King et al. 2000; Casado et al. 2004; Gustafson, 2008) y otras más propias de lo que podríamos denominar como un tímido «neorruralismo transnacional», nutrido por jóvenes de estos mismos países que buscan emplearse en los servicios y actividades requeridos por los anteriores (O'Reilly, 2007).

Otra fuente migratoria con destino a las áreas rurales es el *retorno* de familiares y descendientes de antiguas generaciones de emigrantes españoles a otros países de Europa (Francia, Suiza, Alemania), que regresan a sus lugares de origen una vez concluida su vida activa. También los descendientes de aquellos antiguos emigrantes a Latinoamérica (Argentina, Venezuela, Colombia, Uruguay o Cuba), donde las recientes crisis económicas llevan a hijos e incluso nietos a lugares con los que aún mantienen lazos familiares (Oso, Golías y Villares 2008). Este tipo de migraciones tiene un efecto más acusado en las regiones que en su momento perdieron más efectivos a causa de la emigración, por ejemplo, en algunas áreas rurales de Galicia<sup>6</sup>.

Pero el grueso de los movimientos internacionales hacia las áreas rurales se ha nutrido de la *inmigración laboral*, especialmente ligada a las áreas de agricultura industrial y al desarrollo del turismo y la construcción, y alimentada por grupos procedentes del Magreb, Europa del Este y Lati-

---

<sup>6</sup> Por ejemplo, según datos del Censo de Población (2001) para las áreas rurales de Galicia podemos comprobar que en La Coruña, el 5% de los extranjeros es suizo, mientras que en Orense el 7% de los mismos procede de Venezuela y en Pontevedra los argentinos son el 9%. Los colombianos son, para el conjunto de la Galicia rural, el 9% de los extranjeros.

noamérica (Hoggart and Mendoza, 1999; Mendoza, 2003; Pedreño, 2005; Morent-Alegret, 2008; Camarero et al., 2009; Oliva, 2010). Estas migraciones laborales responden claramente al modelo de migraciones postindustriales de Pugliese (1993). Unos flujos propios de los años ochenta, noventa, y primera década del siglo XXI que se producen en un contexto de crisis profunda del modelo de relaciones laborales fordista, de debilitamiento del Estado del Bienestar, y de precarización e informalización del trabajo. A diferencia de las migraciones ligadas al crecimiento industrial de los años cincuenta, sesenta y setenta en Europa, convocan a un número mucho mayor de nacionalidades, se vinculan a sectores ocupacionales mucho más variados, y convierten también a los países del sur de Europa, en receptores netos.

En España, el espectacular crecimiento de estos movimientos radica en la confluencia de un periodo de intenso crecimiento económico, con la entrada en la edad activa, en la población autóctona, de unas cohortes más reducidas, con un mayor nivel educativo, y unas expectativas laborales elevadas (Cachón, 2002) su nivel de «aceptabilidad» respecto a trabajos especialmente duros, inestables o escasamente remunerados, se había reducido considerablemente. Y lo que sucede a nivel general se repite en el ámbito rural. Las actividades económicas rurales se han venido sosteniendo en gran medida por este flujo de población extranjera al haberse agotado en muchos casos el suministro de trabajo autóctono (trabajo familiar, juvenil y femenino) en sectores como la agricultura, la construcción, las industrias manufactureras, la hostelería, el pequeño comercio o el trabajo doméstico y de cuidado de personas. La inmigración extranjera laboral, en cuanto colectivo con una alta movilidad espacial y sectorial, constituye así un «nuevo proletariado», dotado de una enorme flexibilidad, que viene a ocupar sectores de actividad con una demanda estructural de mano de obra flexible, barata, dispuesta a asumir trabajos duros y poco exigente en cuanto a estabilidad y reconocimiento formal de sus derechos laborales (Riquelme y Pedreño, 2006).

Esta inmigración laboral es la protagonista de los principales cambios que se han producido en la estructura social española (y también en las áreas rurales) y son estos grupos los denominados «inmigrantes» (categoría en la que no se incluye a otros residentes extranjeros pues se trata de una categoría de orden social, al mismo tiempo unificadora y diferenciadora). Como señalaban Balibar y Wallerstein (1991), inmigrante suele ser una categoría de amalgama, que combina criterios étnicos y criterios de clase, en la cual se colocan mezclados a los extranjeros, pero no a *todos* los extranjeros, y *no solo* a los extranjeros. Así, los migrantes involucrados en las migraciones de retiro o de retorno o los extranjeros con una alta cualificación laboral o profesional, no son usualmente considerados «inmigrantes». Por el contrario, los flujos de migración laboral implican para quien los protagonizan la etiqueta de inmigrante (que se conserva incluso tras haber accedido a la nacionalidad española) y se transmite frecuentemente a sus hijos, nacidos ya en España (García Borrego, 2003). La condición inmigrante se asocia por tanto a la integración subordinada en el mercado de trabajo, haciendo real el comentario de Hoggart y Mendoza (1999) en el

sentido de que las vacantes laborales son definidas y reguladas socialmente, más que económicamente prescritas.

Nos encontramos aquí, por tanto, con una primera diferenciación de movibilidades que justificará en nuestro análisis la distinción posterior entre los residentes extranjeros procedentes de la Europa occidental (UE-15), – que en general no son vistos como inmigrantes– y los procedentes de Latinoamérica, el Magreb y la Europa del este, protagonistas fundamentales de las migraciones laborales. Teniendo en cuenta esta distinción básica, podemos ver cómo los datos (Tabla 1) reflejan una gran diversidad en cuanto a lugares de procedencia y situaciones de los extranjeros residentes en las áreas rurales, aunque tres nacionalidades (marroquíes, ecuatorianos y rumanos) integran a la tercera parte del total (34%). Mientras que en el conjunto español los marroquíes son el grupo más numeroso y permanente en el tiempo, en el medio rural son los rumanos el principal colectivo (con un peso muy importante: uno de cada seis extranjeros). Las que hemos denominado migraciones de retiro se concentran en menos nacionalidades, especialmente británicos (6,5 %), franceses (6,1%) y alemanes (4,2%).

Tabla 1. Las 10 principales nacionalidades en el medio rural

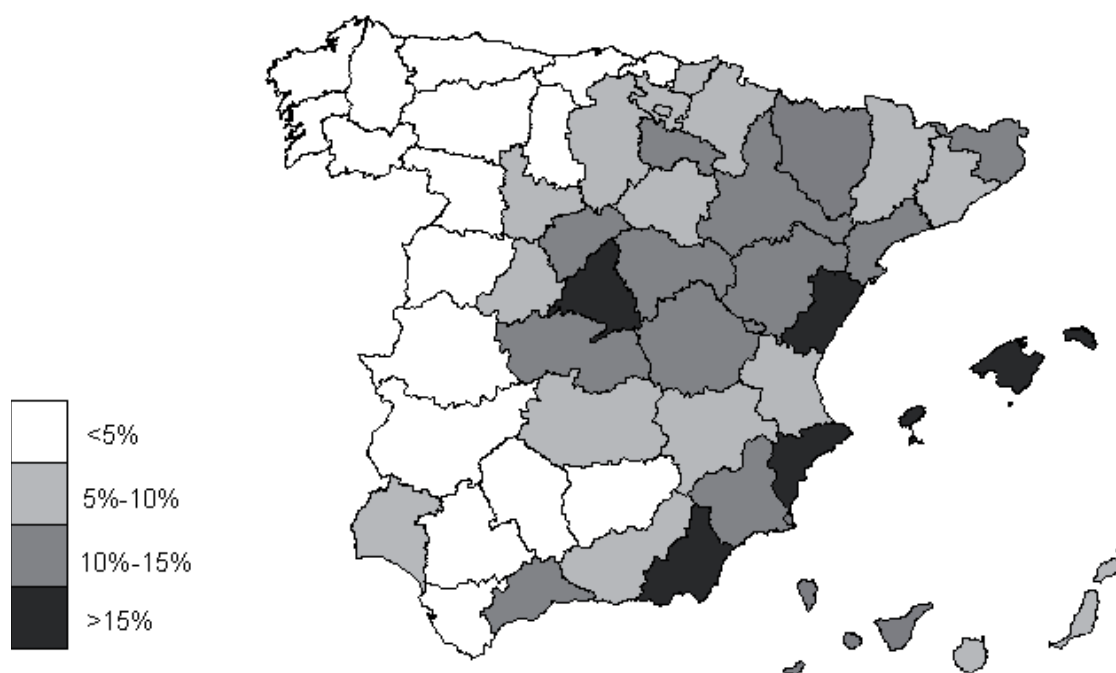
<i>Porcentaje sobre el total de extranjeros rurales</i>	
Rumanía	15,65
Marruecos	12,74
Reino Unido	6,49
Francia	6,14
Ecuador	5,96
Bulgaria	4,92
Argentina	4,82
Colombia	4,32
Portugal	4,29
Alemania	4,17

Llegados antes de 2005. Fuente: ENI, 2007.INE. Elaboración propia.

La distribución geográfica de los residentes extranjeros en áreas rurales (Mapa 1) muestra que el levante y la costa mediterránea además de atractores de migraciones de retiro se convierten en polos de atracción de mano de obra inmigrante. Pero la expansión de las áreas metropolitanas, los complejos agroindustriales en ciertas áreas del país, así como las manufacturas locales difuminadas por toda la geografía rural, han generalizado el fenómeno a gran parte de las zonas del interior, el Oriente Peninsular y los archipiélagos.



Mapa 1. Peso de la población inmigrante residente en áreas rurales (2009)



Fuente: Padrón Municipal, 2009. INE. Elaboración propia.

### 3. Desequilibrios demográficos y migraciones internacionales

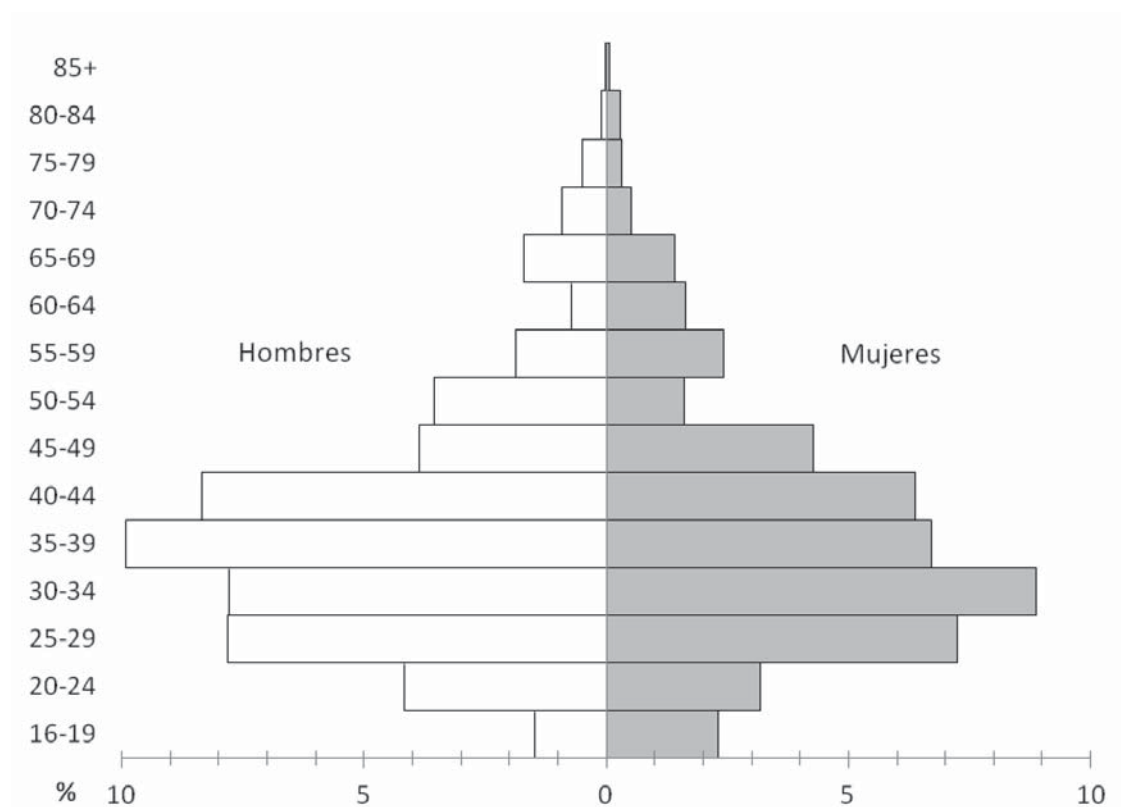
En los procesos migratorios el número de efectivos es importante pero también su impacto en términos de las estructuras demográficas. Este efecto es una función de la relación que la composición demográfica de los inmigrantes tiene sobre la estructura poblacional de las áreas receptoras. En el caso de la población rural española, como sucede en otros países de nuestro entorno, existen profundos desequilibrios demográficos, fundamentalmente un envejecimiento importante y una elevada masculinización (Camarero et al., 2009). Expresado de otra forma, la población rural se caracteriza por una falta de vitalidad, términos relativos hay menos jóvenes a la vez que más ancianos que en el conjunto de España. Por ello se habla de sobrevejecimiento rural. Pero también existe un fuerte desequilibrio en la composición por sexo en las edades jóvenes. Por regla general en estas edades se registra una mayor emigración femenina hacia los núcleos urbanos, de forma que en la actualidad, en muchas comarcas existen generaciones donde hay muchos hombres y pocas mujeres. Estos desequilibrios estructurales contribuyen –junto con una baja fecundidad– a que la población rural sea recesiva.

En este contexto, una interpretación lineal del fenómeno migratorio nos llevaría a pensar que los inmigrantes pueden completar los vacíos generacionales que los desequilibrios demográficos han producido en las estructuras de población rural. Es decir, que pueden contribuir a la reducción del despoblamiento aumentando su vitalidad demográfica. Los datos, sin embargo, no sustentan esta hipótesis que, por otro lado, no tiene en

cuenta las causas del despoblamiento –el despoblamiento es selectivo–, ni el protagonismo de las poblaciones inmigrantes en la construcción de sus propias trayectorias (residenciales y laborales). Es decir, no depende tanto de que haya entradas, sino de que la llegada de inmigrantes se convierta efectivamente en arraigo (y no solamente territorial sino también familiar).

En este apartado comenzaremos observando la composición generacional de los residentes extranjeros en el medio rural. Como queda patente en el Gráfico 1, se trata de una estructura muy concentrada por edad –la gran mayoría se sitúa en el intervalo entre 25 y 45 años–. Si bien en líneas generales contribuye a reforzar la vitalidad pues la población activa y genésica aumentan, el conjunto de inmigrantes tiene por otra parte una estructura desequilibrada por sexo, pues hay más hombres que mujeres en el colectivo de extranjeros (ver Gráfico 1). Es decir, a la vez que la inmigración refuerza a las generaciones intermedias y reduce el envejecimiento también contribuye a agudizar otros desequilibrios demográficos como la masculinización, que afecta desde hace décadas a buena parte de las áreas rurales españolas.

Gráfico 1. Residentes extranjeros en áreas rurales según sexo y edad.



Llegados antes de 2005. Fuente: ENI, 2007. INE. Elaboración propia

Por otro lado, si diferenciamos entre los extranjeros provenientes de Europa occidental (UE-15) y el resto, encontramos situaciones muy distintas, como corresponde a poblaciones de muy distinto nivel socioeconómico y que protagonizan estrategias migratorias y de movilidad también diversas. Los datos (Camarero et al. 2009) muestran que los procedentes de la Unión Europea de los 15 son, en primer lugar, mayores (predominan

aquí las emigraciones de retiro y de retorno). El lugar rural de residencia de los extranjeros procedentes de la Unión Europea de los 15 está fuertemente inducido por motivos familiares, ya que más del 40% están casados o emparejados con un nacional español. Se trata también de una emigración cuyo asentamiento en áreas rurales tiene que ver con la preferencia residencial propia de grupos profesionales y no tiene relación con los mercados de trabajo locales.

Sin embargo, la estructura demográfica de los extranjeros que no pertenecen a la UE-15, se concentra más en las edades intermedias, más activas, y presentan una notable masculinización –con un cierto mayor equilibrio por sexos en las edades de la treintena (Camarero et al. 2009). En este sentido, la migración laboral extranjera ha venido a reforzar a las generaciones intermedias autóctonas, aunque ha agudizado el desequilibrio por sexos.

Actualmente se está produciendo un importante cambio de patrón en estas migraciones transnacionales, que adquieren una creciente feminización. Se trata de un fenómeno reciente, propio de las migraciones postfordistas ya comentadas y que tiene que ver con la transmisión de las desigualdades de género a escala global. Principalmente en las regiones de Centroamérica y Sudamérica son las mujeres quienes inician las cadenas migratorias. La desvalorización de su trabajo en origen, al tiempo que su papel protagonista en las estrategias de supervivencia familiar, convierte a estas mujeres en los miembros seleccionados para insertarse en los mercados laborales transnacionales que demandan trabajadores precarios e irregulares<sup>7</sup>. Es la desvalorización social en origen el factor que las convierte en los individuos del grupo familiar más aptos para adecuarse de manera flexible a las condiciones de destino.

Además, su creciente protagonismo en estos movimientos migratorios transnacionales tiene que ver con la demanda de mano de obra en empleos tradicionalmente femeninos en los lugares de destino. Unas ocupaciones vinculadas fundamentalmente al trabajo doméstico y el cuidado de personas, pero también a la hostelería, el comercio o la restauración. El caso de las mujeres latinoamericanas en España es un buen ejemplo de este fenómeno. El acceso de las mujeres autóctonas al mercado de trabajo, la debilidad de los servicios sociales públicos de apoyo a las familias, y el envejecimiento de la población, ha reforzado el papel de estas «cadenas globales de cuidados», como las ha denominado Hochschild (2000). Pero también, hay una relación entre los flujos migratorios y los efectos de la masculinización rural. Un dato significativo es que la cuarta parte de las mujeres extranjeras no procedentes de la UE-15, y residentes en el medio rural, están casadas con un español. (Camarero et al. 2009). El matrimonio aparece así como un factor importante de arraigo rural y que puede asociarse al elevado grado de soltería masculina en la población autóctona.

---

<sup>7</sup> Por otra parte, también los lugares de destino favorecen dicha segmentación migratoria por sexo, con la falta de recursos públicos para el cuidado de personas y crianza y la externalización del trabajo doméstico familiar, que favorecen una demanda de trabajadores femeninos.

Pero a pesar de esta tendencia a la feminización de los flujos migratorios internacionales, en el caso de España, los datos del conjunto de la población inmigrante mantienen el panorama de masculinización debido a la importancia que tiene la inmigración marroquí (vid. Tabla 1). Una inmigración muy masculinizada<sup>8</sup>, y estacional que bien podría denominarse «de golondrina».

El contraste entre estas corrientes crecientemente feminizadas y la masculinización general de la inmigración en las áreas rurales evidencia que, sobre el colectivo de extranjeros, actúan los mismos procesos socioeconómicos que producen en estas zonas los paisajes de desequilibrios demográficos tradicionales, dificultando el arraigo de población joven y activa. Todo ello nos lleva a interrogarnos a continuación sobre las relaciones entre estas estructuras y los propios mercados de trabajo rurales.

#### *4. Perfiles y trayectorias ocupacionales de los extranjeros en áreas rurales*

Los mercados de trabajo donde se integran los trabajadores inmigrantes llegados a las áreas rurales se concentran en un abanico reducido de actividades y ocupaciones, que están a su vez muy diferenciadas por sexo. Uno de cada tres hombres aparece empleado en la construcción (32,6%), le siguen los ocupados en manufactura (20,5%), mientras que la agricultura sólo alcanza el 12%. El empleo femenino se distribuye entre comercio (17,1%), la hostelería (18,4%) y el servicio doméstico (16,2%). (Véase la Tabla 3).

Por otro lado, los datos muestran que la actividad agraria no es especialmente importante para los extranjeros ni aparecen diferencias relevantes respecto a la población autóctona. La Encuesta de Población Activa (EPA) para 2007 señala que el 5,6% de los hombres españoles y el 3% de las mujeres españolas, tienen ocupaciones agrarias, cifras no muy alejadas de las que presenta el conjunto de la población extranjera (7,3% para ellos y 2,5% para ellas según la Encuesta Nacional de Inmigración de 2007).

Sin embargo, como muestra la Tabla 2, la agricultura aparece como una actividad muy vinculada a ciertas nacionalidades. Marroquíes, ecuatorianos y rumanos agrupan a más del 50% de los extranjeros ocupados en este sector, suponiendo el conjunto de los trabajadores extranjeros un 14,4% de los ocupados en agricultura. Dicho de otra forma, uno de cada 6 empleados agrarios en España es extranjero<sup>9</sup>. No obstante, para estos colectivos la agricultura tampoco es la principal fuente de empleo. Para los ecuatorianos o rumanos sólo representa un 7% de su ocupación, algo

<sup>8</sup> No obstante comienzan a observarse también migraciones femeninas de carácter estacional desde Marruecos. El caso de la fresa en Huelva, es un buen ejemplo. Para ciertos trabajos agrarios se seleccionan mujeres casadas, de esta forma se garantiza que la emigración sea sólo temporal. Véase en *El País* 19/01/07 el artículo «Manos de madres para recoger fresas».

<sup>9</sup> No obstante la diferencia es cualitativa y como se desprende de los datos de ENI 2007: tres cuartas partes de los ocupados extranjeros en agricultura se encuadran en el grupo de trabajadores no cualificados.

más para los marroquíes, que llegan al 15%. Tan sólo el grupo de subsaharianos procedentes de Gambia, cuyo colectivo es muy reducido numéricamente, ofrece una tasa cercana al 30% en este sector de actividad.

Tabla 2. Peso de la agricultura para principales nacionalidades

	<i>Tasa de actividad agraria (en tantos por ciento)</i>	<i>% que representan sobre el total de población extranjera</i>	<i>% que representan sobre el total de agricultores extranjeros</i>
Gambia	30,4	0,5	2,6
Marruecos	15,3	10,9	31,1
Armenia	12,3	0,3	0,6
Pakistán	11,9	1,2	2,7
Bulgaria	10,6	2,6	5,1
Argelia	10,2	1,1	2,1
Lituania	8,7	0,3	0,6
Nigeria	8,4	0,4	0,6
Ucrania	7,8	1,8	2,6
Polonia	7,8	1,0	1,4
Bolivia	7,5	3,1	4,3
India	7,5	0,5	0,7
Senegal	7,1	0,7	0,9
Ecuador	7	10,7	14,0
Rumania	6,9	10,0	12,9
Suma	---	44,8	82,1

Llegados antes de 2005. Fuente: ENI, 2007. INE. Elaboración propia

Por paradójico que pueda parecer, la ocupación agraria no se soporta sobre un mercado de trabajo local. Es decir, para los extranjeros el trabajo agrario no significa arraigo rural, según la ENI ni siquiera la cuarta parte de estos trabajadores reside en municipios rurales (23,5%). Por el contrario, la tercera parte de quienes trabajan en agricultura residen en municipios mayores de 50.000 habitantes (32,2%).

La movilidad espacial, por tanto, juega un papel fundamental en las estrategias laborales de los trabajadores inmigrantes y la estacionalidad del empleo agrario hace que su movilidad se acentúe. Por ejemplo, se puede trabajar en el campo pero aprovechar las posibilidades de vivienda de alquiler que ofrecen las ciudades; se puede estar en permanente itinerancia entre las diferentes cosechas agrícolas en todo el territorio español (Viruela, 2010), o también pasar temporadas en el país de origen, para retornar a España en los meses en los que hay trabajo, como es el caso de los trabajadores del Magreb.

Pero esta movilidad entre lugares de residencia y de trabajo, se produce también en sentido inverso. Trabajadores extranjeros que residen en pequeños pueblos se desplazan diariamente a trabajar en los mercados de trabajo urbanos (algo muy común en las periferias de las grandes ciudades). El caso del trabajo en la construcción es quizá el más claro. Las cuadrillas de obreros de la construcción se trasladan a largas distancias desde zonas rurales hasta los centros urbanos de mayor dinamismo inmobiliario. O bien a otras áreas rurales en las que el auge de la segunda residencia ha contribuido a dinamizar el sector. En el caso de las mujeres, también adquieren gran importancia los mercados extra-locales de empleo, sobre todo en el servicio doméstico y los servicios a las empresas.

Por otro lado, el importante peso que muestran los contratos temporales en las ramas de actividad donde se concentran los trabajadores extranjeros revela que sus ocupaciones principales son precisamente aquellas donde la inserción laboral es más precaria. La *integración subordinada en el mercado de trabajo* aparece así como uno de los fundamentos sociales de las migraciones laborales transnacionales, pues actúan suministrando mano de obra extremadamente flexible en los puestos de trabajo menos atractivos para los nacionales. Los datos de la ENI señalan que en el caso de los varones extranjeros residentes en áreas rurales, los asalariados temporales suponen el 56% de los ocupados en la agricultura, el 48% de los ocupados en la construcción, el 37% en la manufactura y el 28% en el comercio. Y las mujeres empleadas con este tipo de contrato suman el 47% en la agricultura, el 31% en la manufactura, en torno al 30% en el comercio y la hostelería, y en torno al 34% en el servicio doméstico y los servicios personales.

Diversos estudios han mostrado que, para los trabajadores inmigrantes, el poder acceder a trabajar en la construcción, en el caso de los varones, o en el sector servicios, en el caso de las mujeres, es considerado un paso adelante en su proyecto migratorio. Una opción que les aleja de los trabajos en la agricultura, percibidos como más ingratos, inestables, mal pagados y peor considerados (Muñoz, 2005; Pedone, 2006).

Tabla 3. Evolución de la ocupación de los inmigrantes residentes en áreas rurales

	<i>Primera ocupación al llegar a España</i>		<i>Ocupación en el momento de la encuesta</i>	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Agricultura	33,2	8,6	12,0	4,0
Manufactura	13,5	10,6	20,5	12,6
Construcción	24,2	1,1	32,6	0,1
Comercio	7,3	10,7	9,0	17,1
Hostelería	6,2	19,7	4,7	18,4
Transporte, minería, energía y pesca	6,0	3,8	8,7	3,3

Servicios empresas	4,2	8,9	5,8	12,6
Administración y educación	2,8	3,7	2,7	4,9
Servicios personales	2,4	7,0	3,2	10,8
Hogares	0,4	25,9	0,7	16,2
TOTAL	100%	100%	100%	100%

Llegados antes de 2005. Fuente: ENI, 2007. INE. Elaboración propia

El abandono del trabajo agrario parece constituir, por tanto, un paso adelante en la trayectoria laboral migratoria. Obsérvese (Tabla 3) que la tercera parte de los extranjeros en zonas rurales tuvieron su primera ocupación en la agricultura, cuando esta actividad representa, después de un periodo de asentamiento de al menos 2 años, sólo un 12%. Comparando ambas series –primera ocupación y ocupación actual– puede observarse cómo el descenso de la agricultura ha sido seguido por el aumento de la manufactura y la construcción en el caso de los varones. Para las mujeres los cambios han sido importantes, el trabajo doméstico, principal actividad de acogida, se reduce en favor de la hostelería y el comercio.

Esta capacidad de progresar en esta línea ascendente, desde la agricultura a otros sectores, depende de procesos que también podemos incluir en el fenómeno de la *etnoestratificación* del mercado de trabajo (Pedreño, 2005). Diversas investigaciones señalan la forma en que los empleadores apelan a las diferencias culturales para legitimar una clasificación de las aptitudes y cualificaciones laborales de los inmigrantes según su nacionalidad. En el caso de la agricultura, se ha comprobado cómo se produce una jerarquización étnica que convierte a los trabajadores de la Europa del este en los mejor considerados, y sitúa a los marroquíes en la base de la pirámide, ocupando los latinoamericanos una posición intermedia. Los norteafricanos son relegados así a los trabajos más duros y de menor responsabilidad (Viruela, 2002). Este proceso se repite en otros sectores como la construcción, donde los empleadores atribuyen a los trabajadores de Europa del Este un alto grado de cualificación, frente a los norteafricanos (Colectivo IOE, 1998) o en el trabajo doméstico, donde se atribuye a las mujeres inmigrantes una serie de cualidades definidas de manera etnicista. Así se habla de las «bellas e inteligentes» mujeres de la Europa del Este, las «dulces y cariñosas» latinoamericanas o las «extrañas y sometidas» mujeres musulmanas (Pedreño y Riquelme, 2006).

Los procesos sociales de diferenciación étnica intervienen por tanto en la producción social de diferentes movibilidades, determinando las oportunidades y recursos de los que dispone el trabajador o trabajadora inmigrante para lograr una mejora de sus condiciones de vida y trabajo. En este sentido, y respecto al trabajo en la agricultura, son generalmente los recién llegados quienes ocupan dichos trabajos. Quizá la única excepción sean los marroquíes, que ocupan la posición más baja en la etnoestratificación de los mercados de trabajo, y para quienes la vecindad a sus lugares de procedencia hace que la agricultura sea una actividad estacional y

complementaria. Por ejemplo, de otras que desarrollan en sus regiones de origen o como una estrategia de trabajo limitada en el tiempo, dentro de una lógica que busca aprovechar su residencia familiar en Marruecos.

### *5. Movilidad residencial y arraigo rural: el papel de los modelos familiares de migración*

El principal atributo de las estrategias laborales de los inmigrantes es la movilidad espacial (Pedreño y Riquelme, 2006). Primero, por el desplazamiento realizado desde sus países de origen. En segundo lugar, por la movilidad residencial y ocupacional de un proyecto migratorio que transita desde las situaciones de irregularidad administrativa, los trabajos más penosos y peor pagados, y los entornos rurales o periféricos, hacia situaciones de mayor regularidad, en trabajos más valorados, y los entornos urbanos con mercados laborales más dinámicos.

Una cuestión importante para los estudios rurales es determinar el papel que desempeña el medio rural en estas estrategias y proyectos vitales de los inmigrantes. Hasta qué punto constituye una «estación de paso» o puede convertirse, bajo ciertas condiciones y para ciertos colectivos, en un destino donde establecerse con un arraigo duradero. Creemos que esta pregunta puede comenzar a ser abordada mediante la identificación de las pautas de movilidad ocupacional que hemos tratado anteriormente. Pero también, y básicamente, a partir de los patrones de movilidad residencial y respecto a las estructuras familiares que presentan los residentes extranjeros en las áreas rurales.

Todos los estudios realizados hasta el momento muestran la elevada movilidad residencial de estos grupos. Las investigaciones basadas en las Estadísticas de Variaciones Residenciales, muestran que sus pautas migratorias internas difieren en intensidad y estructura espacial, respecto a las de los españoles (Recaño, 2006). Hace 10 años los extranjeros realizaron cerca de 40.000 cambios de residencia, el 4,2% del total y en 2007 más de medio millón, lo que supone el 30% (Viruela, 2010). Estos desplazamientos interiores se relacionan fundamentalmente con el mercado de trabajo y de vivienda (Pumares, García y Asensio, 2006), de manera que continuamente modifican la distribución de la población extranjera residente en España (García, 2005).

Un análisis específico de la movilidad rural urbana nos muestra que el primer lugar de residencia de los inmigrantes es urbano. Los pequeños municipios sólo acogen, en un primer momento, a uno de cada diez recién llegados (Tabla 4). Los procedentes de la Unión Europea de los 15 se asientan en áreas rurales un poco más que el resto, pero en ambos casos se trata de migraciones dirigidas fundamentalmente a las áreas urbanas. Sin embargo, a medida que aumenta el tiempo de permanencia, los procedentes de la Unión Europea de los 15 incrementan su presencia en áreas rurales. En cambio, los originarios de otros lugares se distribuyen más por el territorio y, aunque su presencia en las áreas más metropolitanas desciende, ello no supone su asentamiento en los entornos rurales pues ganan mucha más importancia los hábitats intermedios (las pequeñas ciudades, los municipios peri-metropolitanos, las cabeceras comarcales).



Tabla 4. Tamaño del municipio de llegada y de asentamiento final de los inmigrantes

	<i>Municipio de llegada</i>			<i>Municipio de asentamiento final</i>		
	Total	No UE-15	UE-15	Total	No UE-15	UE-15
<10.000 hab	11,7	11,1	14,2	13,5	12,3	18,7
10.001 a 20.000	9,1	7,9	14,4	10,8	9,7	16,1
20.001 a 50.000	14,0	13,1	17,9	18,0	16,9	23,0
>50.000	65,3	67,9	53,6	57,7	61,2	42,3
Total	100%	100%	100%	100%	100%	100%

Llegados antes de 2005. Fuente: ENI, 2007. INE. Elaboración propia

En ese sentido, los inmigrantes laborales participarían no solo del mismo proceso de desvinculación de la agricultura que experimenta la población española, sino que también encontrarían en las áreas urbanas o periurbanas más oportunidades para alcanzar sus metas laborales (complementando empleos, reduciendo los tiempos muertos entre ocupaciones estacionales, mejorando su accesibilidad para desplazarse por el territorio). La presencia y el arraigo potencial de los nuevos pobladores extranjeros depende más de las oportunidades de empleo local o de las oportunidades de acceso –a través del *commuting* laboral– a los más dinámicos mercados de trabajo urbanos.

Pero el arraigo rural parece relacionarse también con las oportunidades de consolidación de los proyectos familiares. En este sentido, podemos comprobar que existe un significativo contraste de las estructuras familiares de la población extranjera, según tipo de hábitat (Tabla 5). Los extranjeros rurales presentan formas más familiares de convivencia –están más frecuentemente casados o viviendo en pareja– que los extranjeros urbanos. Ello sugiere que su presencia en estas áreas se vincula también a un arraigo de tipo familiar.

Tabla 5. Formas de convivencia por tamaño de hábitat de la población inmigrante.

	<10.000	10.001 a 20.000	20.001 a 50.000	>50.000
No casado	16,70	26,53	24,27	26,22
Casado que vive con su cónyuge o con su pareja	75,02	63,50	64,83	64,49
Casado, su cónyuge reside en el extranjero	8,28	9,96	10,90	9,29
Total	100%	100%	100%	100%

Llegados antes de 2005. Fuente: ENI, 2007. INE. Elaboración propia

Este hecho nos lleva a considerar en nuestro análisis los modelos familiares de migración, frente a las explicaciones de corte económico y utilitarista. Las diferentes estructuras demográficas que presentan distintos colectivos de inmigrantes según su nacionalidad, ha llevado a plantear la existencia de diversos modelos familiares de migración (Camarero y García, 2004). Estos modelos, favorecerían más o menos la movilidad individual o familiar, femenina o masculina, de personas con o sin cónyuge e hijos en el país de origen. También facilitarían más o menos la reagrupación familiar y/o la dilatarían más o menos en el tiempo. En este sentido la familia aparece como una potente institución reguladora de la movilidad individual, como institución de solidaridad y de cohesión transnacional a través del tiempo y del espacio. Pero también como una institución cuyas relaciones aparecen determinadas por la propia experiencia de la movilidad (Camarero, 2010). Los datos muestran que en las áreas rurales, la permanencia y el arraigo territorial tienen que ver con la oportunidad de consolidación de un grupo familiar, bien por la reagrupación de la familia de origen, bien por la formación de una nueva familia en ese destino.

## 6. Conclusiones

Hemos explorado las relaciones entre la movilidad y las migraciones internacionales a las áreas rurales mostrando como todos estos flujos de nuevos residentes han transformado algunos de los presupuestos tradicionalmente asociados con estos entornos y que han dominado su imaginario social (como las ideas de aislamiento, permanencia, homogeneidad social..). Aunque la movilidad siempre ha formado parte de la experiencia de las propias sociedades rurales (estrategias pendulares, migraciones transnacionales periódicas, éxodo rural, etc.), han sido estas las nuevas movilidades desatadas por el proceso de globalización, las que parecen haber descentrado las viejas fronteras sociales y culturales (Bauman, 2007) extendiendo las cuestiones derivadas de la gestión de la diversidad también al mundo rural.

Por un lado, como apuntaba Williams (2009), cada vez más grupos de personas inesperadas aparecen en lugares también inesperados y, la inmigración a las áreas rurales, constituye hoy un objeto de estudio estratégico para comprender la propia globalización. Por otro lado, el continuo asentamiento de población extranjera procedente de orígenes diversos en estas áreas mediante estrategias migratorias también diferenciadas (laborales, residenciales, de retiro, etc.) muestra la naturaleza progresivamente «translocal» de la ruralidad. Las economías locales, la configuración de los lugares y sus residentes, etc., se hallan cada vez más intrínsecamente interconectadas con las movilidades globales (transmigraciones, multiresidencialidad, producción deslocalizada, sistemas agroalimentario y turístico, etc.).

Los nuevos residentes extranjeros se han visto a veces como una solución a los problemas de despoblación o para la sustitución de una población activa ausente de las áreas rurales. En otras ocasiones, como una amenaza, debido a la variabilidad que introducen en unas sociedades definidas

por la homogeneidad social. El análisis de estas formas de movilidad nos brinda sin embargo la oportunidad de comprender mejor su conexión con los proyectos personales y familiares de estos grupos. Por ejemplo, las migraciones laborales al medio rural no pueden separarse de los procesos de etnofragmentación del mercado de trabajo, que definen su inserción subordinada en el mismo separando y jerarquizando a las distintas nacionalidades en base a pretendidas diferencias o afinidades étnicas. Los propios procesos de diferenciación social producen así estas mismas movilidades al determinar sus oportunidades y condiciones de vida.

Por otro lado, las consecuencias que estos movimientos tienen en las estructuras demográficas rurales son contradictorias. Si bien introducen un elemento vitalista, ampliando las generaciones activas que soportan sus economías y comunidades, también han reforzado la masculinización rural de ciertas áreas. Una de las más serias amenazas a su sostenibilidad social.

Como hemos visto, el principal atributo de estos grupos es la movilidad. Por tanto, su arraigo como nuevos pobladores rurales va a depender, como ya ocurre con la población autóctona, de las oportunidades laborales locales o la posibilidad de acceder a los mercados extralocales más dinámicos mediante desplazamientos pendulares. Pero también tiene que ver de, una forma muy importante, con las facilidades para consolidar en los pueblos sus proyectos familiares. En este sentido, los diferentes modelos familiares hacen más o menos sencillo el asentamiento de los distintos colectivos nacionales. Los que favorecen la reagrupación familiar o la formación de familias con un nacional, muestran una ventaja añadida.

En general, los datos relativos a sus trayectorias residenciales y ocupacionales, apuntan a que ni la agricultura, ni el medio rural son destinos especialmente valorados por los inmigrantes laborales, que los utilizan, sobre todo, como puntos de entrada o estaciones de paso hacia entornos urbanos o periurbanos. El medio rural no deja de ser un ámbito donde confluyen diversas *fixities*, ya que se reduce conexión con las redes de empleo y la capacidad de movilidad, amplificándose las dependencias vinculadas a las responsabilidades familiares.

Finalmente, los resultados de nuestro análisis muestran una ruralidad *líquida*, en movimiento y transformación incesante, que requiere más trabajo de investigación y políticas imaginativas que incorporen estas nuevas movilidades y diversidades en los programas para su desarrollo. Las políticas europeas, nacionales y locales se enfrentan así a la necesidad de elaborar marcos que permitan integrar toda esta ruralidad transnacional (la gestión del empleo temporal e itinerante; del arraigo local de unos grupos que pueden ayudar al sostenimiento de un mundo rural demográficamente desestructurado; del refuerzo de los modelos migratorios familiares que contribuyan al desarrollo social de otras zonas, etc.).

## REFERENCIAS

- Adey, P. (2006), «If mobility is everything then it is nothing: towards a relational politics of (im)mobilities». *Mobilities*, 1(1): 75-94

- Arango, J. (2000), «Becoming a Country of Immigration at the End of the Twentieth Century: the Case of Spain», en R. King; G. Lazaridis and C. Tsardanidis (eds), *Eldorado or fortress? Migration in southern Europe*. Basingstoke, Macmillan.
- Balibar, E. y Wallerstein, I. (1991), *Raza, Clase y Nación*. Madrid, IEPALA.
- Bauman, Z. (2007), *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Barcelona, Tusquets
- Bell, M. y Osti, G. (2010), «Mobilities and Ruralities: An Introduction». *Sociologia Ruralis*, 50 (3),
- Buller, H. (1994), «Etre étranger à la champagne». *Études Rurales*, 135-136: 9-11.
- Cachón, L. (2002), «La formación de la España Inmigrante: Mercado y Ciudadanía». *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 97, 95-126.
- Camarero, L. (2010), «Transnacionalidad Familiar: Estructuras familiares y trayectorias de reagrupación de los inmigrantes en España». *Empiria*, 17, 39-71.
- Camarero, L. et al. (2009), *The rural population in Spain. From disequilibrium to social sustainability*. Barcelona, La Caixa Foundation
- Camarero, L. y García, I. (2004), «Los paisajes familiares de la inmigración». *Revista Española de Sociología*, 4, 173-198.
- Carmo, R.M y Hedberg, Ch (de.) (2010), *Translocal Ruralism: Internal and International Mobilities in European Rural Space*. Springer.
- Casado, M.A.; Kaiser, C y Warnes, A. (2004), «Northern European retired residents in nine southern European areas: characteristics, motivation and adjustment», *Ageing and Society*, 24(3), 353-381.
- Castellanos, M. y Pedreño, A. (2001), «Desde El Ejido al accidente de Lorca. Las amargas cosechas de los trabajadores inmigrantes en los milagrosos vergeles de la agricultura mediterránea». *Sociología del Trabajo*, nº 42: 3-31
- Castells, M. (1996), *The Rise of the Network Society* Cambridge MA, Blackwell
- Colectivo IOE (1998), *Inmigración y Trabajo. Trabajadores Inmigrantes en el sector de la construcción*. Madrid, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Cresswell, T. (2001), «The Production of Mobilities», *New Formations*, 43: 11-43
- Cresswell, T. (2009), «Seis temas na produção das mobilidades», en Carmo, R. and Simões, J. (eds.): *A produção das mobilidades*. Lisboa, ICS.
- Esparcia, J. (2002), «La creciente importancia de la inmigración en las zonas rurales de la Comunidad Valenciana». *Cuadernos de Geografía*, 72, 289-306.
- Fonseca, M. L. (2008), «New Waves of Immigration to Small Towns and Rural Areas in Portugal», *Population, Space and Place*, 14: 525-535
- García, A. (2005), «Migraciones Interiores y Transformaciones Territoriales», *Papeles de Economía Española*, 104:76-91
- García Borrego, I. (2003), «Los hijos de inmigrantes extranjeros como objeto de estudio de la sociología» *Anduli: revista andaluza de ciencias sociales*, 3, pp. 27-46.

- Gimpel, J.G y Celeste, J. (2008), «Political Socialization and Reactions to Immigration-Related Diversity in Rural America», en *Rural Sociology*, 73(2): 180-204.
- Gustafson, P. (2008), «Transnationalism in retirement migrations: the case of North European retirees in Spain». *Ethnic and Racial Studies*, 31(3): 451-475.
- Halfacree, K. (2008), «To Revitalise Counterurbanisation Research? Recognising an International and Fuller Picture», *Population, Space and Place*, 14: 479-495.
- Hannam, K.; Sheller, M and Urry, J. (2006), «Editorial: mobilities, immobilities and moorings». *Mobilities*, 1(1): 1-22.
- Iglesias de Ussel, J. (2010) *Las políticas de integración social de los inmigrantes en las Comunidades Autónomas españolas*. Bilbao: Fundación BBVA.
- Hochschild, A.R. (2000), «Global Care Chains and Emotional Surplus Value», en Hutton, W. & Giddens, A. (eds.) *On the Edge. Living with Global Capitalism* (pp. 130-146). London, Jonathan Cape.
- Hoggart, K y Mendoza, C. (1999), «African Immigrant Workers in Spanish Agriculture», *Sociologia Ruralis*, 39 (4): 538-562.
- Jentsch, B. (2009), «Migrant Integration in Rural Areas. Evidence from New Countries of Immigration», en *International Journal of Multicultural Studies*, 9 (1): 1-12
- Kasimis, Ch. (2008), «Survival and Expansion: Migrants in Greek Rural Regions», *Population, Space and Place*, 14: 511-524
- Kasimis, Ch; Papadoulos, A. G. and Pappas, C. (2010). «Gaining from Rural Migrants: Migrant Employment Strategies and Socioeconomic Implications for Rural Labour Markets», *Sociologia Ruralis*, 50 (3): 258-276
- Katseli, L.T. (2004), Immigrants and EU labor markets. *Migration Information Source*. Washington, Migration Policy Institute.
- King, R. (2000), «Southern Europe in the changing global map of migration», en R. King; G.Lazaridis and C. Tsardanidis (eds). *Eldorado or fortress? Migration in southern Europe*. Basingstoke, Macmillan.
- King, R.; Warnes, T y William, A. (2000), *Sunset Lives. British retirement migration to the Mediterranean*, Oxford, Berg.
- Labriandis, L y Sykas, Th. (2009), «Migrants, Economic Mobility and Socio-economic Change in Rural Areas. The case of Greece», *European Urban and Regional Studies*, 16 (3): 237-256.
- Malgesini, Graciela (dir.) (2006), *Rural-In. Los pueblos rurales afectados por la despoblación y los nuevos pobladores extranjeros. Informe 2005*. Cruz Roja Española.
- Marsden, T. (2009), «Mobilities, Vulnerabilities and Sustainabilities: Exploring Pathways from Denial to Sustainable Rural Development», *Sociologia Ruralis*, 49 (2): 113-131.
- Marsden, T.; Lowe, P. y Whatmore, S. (1990), *Rural Restructuring: global processes and their responses*. Londres, David Fulton.
- Martin, Ph.; Fix, M. y Taylor, E. (2006), *The New Rural Poverty: Agriculture and Immigration in California*. Washington, Urban Institute Press
- Mendoza, C. (2003), *Labour Immigration in Southern Europe. African Employment in Iberian Labour Markets*. Aldershot: Ashgate

- Milbourne, P. (2007), «Re-populating rural studies: migrations, movements and mobilities», en *Journal of Rural Studies*, 23 (3): 381-386.
- Morén-Alegret, R. (2008), «Ruralphilia and Urbophobia versus Urbophilia and Ruralphobia? Lessons from Immigrant Integration Processes in Small Towns and Rural Areas in Spain», *Population, Space and Place*, 14: 537-552.
- Muñoz, M. (coord.) (2005), *Trabajadores inmigrantes en la construcción y en la agricultura*. Toledo, Comisiones Obreras Castilla-La Mancha.
- Oliva, J. (2010), «Rural Melting-pots, Mobilities and Fragilities: Reflections on the Spanish Case», *Sociologia Ruralis*, 50 (3): 277-295.
- O'Reilly, K. (2000), *The British on the Costa del Sol: Transnational Identities and Local Communities* London, Routledge.
- O'Reilly, K. (2007), «Intra-European Migration and the Mobility-Enclosure Dialectic», *Sociology*, 41 (2): 277-293.
- Oso, L.; Golías, M. y Villares, M. (2008), «Inmigrantes extranjeros y retornados en Galicia: la construcción del puente transnacional», *Política y Sociedad*. Vol. 45, nº 1, 103-117.
- Pedone, C. (2005), «Diversificación de las cadenas migratorias ecuatorianas hacia el trabajo agrícola de Murcia, España», en Pedreño A. and Hernández, M. (coords.) *La condición inmigrante*. Murcia, Universidad de Murcia.
- Pedone, C. (2006), *Estrategias migratorias y poder*. Quito, Abya Yala
- Pedreño, A. (1999), «Construyendo la Huerta de Europa: Trabajadores Sin Ciudadanía y Nómadas Permanentes en la Agricultura Murciana», *Migraciones*, nº 5: 87-120.
- Pedreño, A. (2005), «Sociedades etnofragmentadas», en Pedreño, A. and Hernández, M. (eds) *La condición inmigrante* Murcia, Universidad de Murcia.
- Pedreño, A. y Riquelme, P. (2006), «La condición inmigrante de los trabajadores rurales», *Revista Española de Estudios Agrosociales y Pesqueros*, 211, 189-238.
- Prieto, S. y Papadodima, Z. (2010), «Reversión (comparativa) del despoblamiento rural a través de las migraciones internacionales», *Revista Ager*. Documento de Trabajo nº 28-2010.
- Pugliese, E. (1993), «Restructuring of Labour Market and the Role of The Third World Migrations in Europe» en *Environment and Planning*, Series D, Society & Space, Vol. 11-5, pp. 513-522.
- Recaño, J. (2006), «Los intercambios poblacionales entre las regiones españolas», en Fernández, J. and Leal, J. (Coord.) *Análisis Territorial de la Demografía Española*. Madrid, Fundación Fernando Abril Martorell.
- Rodríguez, V.; Fernández-Mayoralas, G. y Rojo, F. (2004). «International Retirement Migration: Retired Europeans Living on the Costa del Sol», *Population Review*, 43 (1): 1-32.
- Solé, A. (2010), «Características sociodemográficas, pautas de distribución territorial y proceso migratorio de la población de nacionalidad extranjera en el Alt Pirineu i Aran: contribuciones a la transformación de un espacio de montaña». *Revista Ager*. Documento de trabajo nº 29-2010.
- Urry, J. (2006), «The new mobilities paradigm», *Environment and Planning A*, 38, pp. 207-226

- Viruela, R. (2002), «La nueva corriente migratoria de Europa del Este», *Cuadernos de Geografía*, 72: 231-258.
- Viruela, R. (2010), «Movilidad geográfica de los rumanos», *Empiria*, 19, 157-181.
- Waldinger, R. (2010), «Rethinking Transnationalism», *Empiria*, 19, 21-38
- Williams, A. M. (2009), «European Urban and Regional Studies. International Migration», *Uneven Regional Development and Polarization*, 16 (3), 309-322.
- Woods, M. (ed.) (2005), *Rural Geography. Process, responses and experiences in rural restructuring*. Londres, Sage.